



*permitido* lo que por ninguna ley nos está vedado, y á nadie se le puede con razon imponer castigo por haber hecho lo que así se le *permite*. Significa tambien *no quitar á uno el poder ó la libertad física* de hacer lo que le está prohibido; y en este sentido decimos que Dios *permite* el pecado, pues no le quita al hombre el poder que tiene de traspasar sus leyes. Mas de ahí en ninguna manera se sigue que Dios quiera positivamente el pecado, y que no tenga razon para castigar al pecador. Los sofistas que han dicho que *permitir* el pecado y *quererle positivamente* son en Dios una misma cosa, han engañado groseramente á los que no entienden la fuerza y significacion de estas palabras. Si en el lenguaje ordinario se acostumbra decir: *Dios lo ha querido*, en lugar de *lo ha permitido*, esta es una inexactitud en el hablar.

Bien podia Dios impedir que el hombre pecase, y preservarle con gracias poderosas, que sin dañar la libertad, produjesen su efecto. Esto ¿quién puede dudarlo? Pero inferir de ahí que no dándose las *queria positivamente* su pecado, es suponer: 1.º, que la ley que prohibe el pecado es inútil; puesto que Dios estaria siempre obligado á impedirle; y de consiguiente jamás sucedería que el hombre le cometiese. ¡Extrañísima pretension! 2.º, Seguiríase tambien que de dos beneficios iguales, siempre se debería Dios á sí mismo el dispensar el mayor, lo cual nos conduciría hasta lo infinito, como que en su inmenso poder y sabiduría hay un tesoro riquísimo é inagotable para mayores y mayores beneficios. Los que así discurren, comparan la bondad de Dios juntamente con su omnipotencia, con la bondad del hombre, cuyo poder está muy limitado; la cual comparacion es muy falsa. La perfecta bondad del hombre consiste en hacer todo y el mayor bien que pueda; pero ¿no sería un absurdo exigir para la perfecta bondad de Dios que hiciese todo y el mayor bien á que alcanza su poder? Este es infinito, y jamás puede agotarse; Dios es libre en su dispensacion; los impíos que así ratiocinan, no advierten que le imponen á su Criador la ley de no haberlos criado, pues claro está que el divino poder alcanza indudablemente á criar seres más virtuosos, más reconocidos á su bienhechor,

ménos nocivos á la sociedad y á la moral pública, que lo son ellos... 3.º, tambien se seguiría de ahí que cuanto mayor resistencia prevé Dios de parte del hombre, más obligado estaría á concederle más poderosas gracias, como si la malicia del hombre fuese un título de derecho á gracias más distinguidas; 4.º, se seguiría igualmente, que todo ser dotado de razon y de libertad, debería en último resultado ser gobernado con la misma eficacia y ejecucion que los animales dirigidos por el instinto. Y así, cuando los impíos dicen que Dios, como sabio y bueno, no puede permitir el pecado, es como si dijeran que Dios no pudo criar un ser capaz del bien y del mal moral, dotado de razon, reflexion y libertad, ó que despues de haberle criado, debió no dejarle al arbitrio de su eleccion.

Bayle, en apoyo de esta paradoja, objeta el estado de los bienaventurados en el cielo; «los cuales, dice, están felizmente imposibilitados de pecar, y este estado, lejos de degradar alguna de sus facultades, las hacen más perfectas. Sin duda podia Dios sin el menor inconveniente poner en el mismo estado al hombre sobre la tierra.»

Convenimos en que en este estado el hombre hubiera sido más perfecto y feliz. Pero Bayle se olvida de que exigiendo de Dios un beneficio sin más razon que ser más perfecto y mejor, va en derechura hasta lo infinito, y supone á Dios absolutamente imposibilitado de conceder jamás á sus criaturas un beneficio limitado. ¿No será un absurdo el querer que Dios infinito *haga todo lo que puede*, é impida el mal cuanto puede, pues no tiene límites su poder, y en virtud de su libertad soberana es dueño de elegir entre diferentes grados el bien que le place dispensar?

Pero añaden los incrédulos: Dios ha hecho al hombre de manera que por él reine el pecado en el mundo. ¿Cómo se podrá conciliar la caída del hombre y sus tristes y vastas consecuencias con la bondad de Dios, estando, como estaba, en su divina mano el impedirlo? Respondemos: Que el pecado vino del hombre y de su libre voluntad, no de Dios; vino del abuso que hizo voluntaria y libremente de una



facultad buena en sí misma, á saber: del poder de elegir entre el bien y el mal. Si el hombre hubiera sido impecable, fuera, lo repetimos, más feliz y perfecto; mas no se podrá probar que sea malo en sí mismo, ni pernicioso, ni indigno de Dios ó ajeno de su omnipotencia y sabiduría el poder que le concedió de ser por eleccion virtuoso ó vicioso, y de hacerse por este medio feliz ó desventurado. Los Angeles fieles á su Criador y los hombres que han usado bien de su libre albedrío, ¿tienen motivo para estar descontentos de haber sido dotados de él? Antes por ello bendecirán á Dios eternamente.

Bayle y los demás incrédulos, para oscurecer estas verdades tan justas y sencillas, han echado mano de otros falsos ratiocinios, diciendo que es propio de un enemigo y no de un bienhechor conceder un beneficio en las circunstancias en que prevé que se ha de usar de él; que un padre, un amigo, un médico, etc., se guardan bien de poner en las manos de un niño ó de un enfermo las armas ó medios de los cuales recelan que pueda hacer un uso dañoso.

Mas los principios que acabamos de establecer manifiestan cuán defectuosas son estas comparaciones. No se cree que un hombre nos ama, ni que es bueno con respecto á nosotros, sino en cuanto nos hace todo el bien que puede, y nos preserva del mal en cuanto está en su mano. No sucede, lo decimos otra vez, lo mismo con Dios, cuyo poder es infinito, y ha de gobernar á los hombres como corresponde á unas criaturas libres, capaces de merecer ó desmerecer, y de consentir á su gracia ó resistirla. Á Adam y á sus descendientes proporcionó Dios las fuerzas necesarias para obrar el bien y para hacerse meritoriamente virtuosos, no para que con ellas se hiciesen culpables. Del hombre sólo y no de Dios, es el abuso que hace resistiéndolas. Así es que cuando Dios dijo á los judíos: *Me habeis hecho servir á vuestras iniquidades*, es claro que *servir* no significa ayudar ó contribuir, ó mover al mal, ó ser causa de él, sino solamente manifiesta que se sirvieron de los beneficios de Dios para obrar mal.

Pero ¿para qué, añaden, imponer una ley y hacer una prohibicion, cuando sabia muy bien Dios que el hombre la habia de quebrantar? Les responderemos, que no por otra causa sino porque el hombre, á quien crió libre, era capaz de obedecerla, y se lo debía á su Criador. Por su libertad, lo mismo que por su inteligencia, se distingue de los brutos; y era muy justo que Dios exigiese de él un testimonio de sumision en reconocimiento de la vida y de los otros bienes que le habia dispensado. En todos los estados posibles, es cosa muy ordenada que la felicidad perfecta no sea un don puramente gratuito, sino una recompensa reservada para la obediencia y para la virtud. Todos los argumentos de los incrédulos jamás podrán probar lo contrario. La prevision que Dios tenia de la futura desobediencia de Adam, en nada debia derogar á este orden eterno é infinitamente justo y sabio.

Insisten los incrédulos en que la prevision que tuvo Dios de la desobediencia del hombre, hizo necesaria su caída. Si Dios la previó, infaliblemente habia de suceder. Así como no le era posible á Adam dejar fallida esta prevision ó presciencia, así tampoco el dejar de pecar.

Los que así discurren, no atienden á que Dios por su eternidad está presente á todos los instantes de la duracion de sus criaturas, como lo está á todo lugar por su inmensidad. Y así, respecto de Dios, no hay pasado ni venidero; todas las cosas las ve como presentes. Por esta razon los Padres de la Iglesia más ilustrados, como San Agustin y San Gregorio, no querian que este conocimiento de Dios se llamase *presciencia* ó *prevision*, sino simplemente *ciencia* ó *conocimiento*; y el conocimiento de una accion presente, ¿en qué daña á la libertad del que la ejecuta?—Pero es imposible, dicen los sofistas, que lo que Dios ha previsto deje de suceder.—Convenimos en ello; mas ¿no es tambien imposible que la accion que estamos viendo de presente, deje de estarse haciendo en la actualidad? La certeza que de ella tenemos, pues la estamos mirando, ¿influye en la libertad del que la hace? El conocimiento cierto é infalible que tiene Dios de lo que sucederá dentro de mil años, no influye más en la naturaleza de



los sucesos y en la voluntad humana que ha de intervenir en ellos, que lo que este mismo conocimiento influye, aunque cierto é infalible, en lo que actualmente está sucediendo. Dios ve las cosas presentes tales como son, y las venideras tales como serán; ve las libres, y serán libres, porque Dios no las ve sino como libres. Así discurre San Agustín; y así, añade este gran Padre, la presciencia de Dios no es causa de los sucesos, sino los sucesos son en cierto sentido la causa de su presciencia como objetos de ella; y lo son, porque han de suceder. No suceden las cosas porque Dios las prevé, sino que las prevé porque han de suceder. Había previsto la incredulidad de los judíos y reveládola á los Profetas, los cuales la anunciaron; mas ni aquella prevision ni este anuncio fueron causa de ella. Los judíos no creyeron, porque muy pegados á la tierra, no quisieron profundizar en el verdadero sentido de las profecías pertenecientes al Mesías; jamás han querido convencerse de que no había de ser puramente temporal y glorioso, segun el mundo, el reino que había de establecer; y esta fué la causa de su ceguedad y obstinacion. Si hubiesen estudiado mejor las Escrituras y vivido ménos aficionados á la tierra, hubieran creído, y los Profetas no hubieran anunciado su incredulidad.

Tenia un impío la costumbre de decir: «Si soy predestinado, ningun pecado me hará perder el reino de los cielos; y si no lo soy, ninguna virtud me llevará allá.» Cayó enfermo, y llamó al médico con la esperanza de poderse curar con los remedios que le mandase. Pero el médico le dijo: «El día de tu muerte está señalado y determinado desde la eternidad: si Dios ha previsto que has de morir de esta dolencia, no te curarán mis medicinas; pero si ha previsto que no morirás, aun sin ellas te pondrás bueno.» Conoció entonces el doliente la falsedad de este raciocinio, y respondió que Dios había previsto ciertamente si curaría ó moriría de aquella enfermedad, pero que era consiguientemente al feliz ó desgraciado efecto con que obrarían las medicinas que tomase, pues Dios no prevenía los sucesos de las causas libres independientemente de la acción

de ellas; y que del enfermo pendía el tomar ó rehusar los remedios de donde podía venir su curación, así como del médico el prescribirlos.

Estos argumentos de los incrédulos los vemos muy usados en las materias de religion, de costumbres, y de la futura suerte de los mortales; no así en lo perteneciente á las conveniencias y gustos presentes. ¡Qué diferencia tan misteriosa! La insensibilidad de estos hombres con respecto á lo más importante, y su extrema sensibilidad con respecto á lo que debe mirarse con ménos estimación y celo, podrán descifrarnos este misterio tan irracional é inconsecuente.

Y volviendo á la caída de Adam, ¿por qué razón, pregunta San Agustín, no debía permitir Dios que fuese tentado y cayese? Sabía que esta caída y sus castigos serían para sus descendientes un ejemplo que les serviría para que fuesen más cautos y sometidos; que de entre ellos mismos, aunque pecadores, se formaría un pueblo de santos, los cuales, con la gracia divina, triunfarian gloriosamente del demonio. Si, pues, pareció que este espíritu maligno había prevalecido algun tiempo por la caída del hombre, también por la reparación obrada á favor del mismo hombre ha quedado eternamente vencido. Son además profundísimos los consejos de Dios en esta permisión, y nos serán descubiertos en la revelación final para que los glorifiquemos sin fin. Entre tanto, bástenos considerar que «Dios, siendo infinitamente bueno, no permitiría mal alguno en sus criaturas, si no fuese también tan infinitamente poderoso, que del mismo mal pudiese sacar grandes é inefables bienes,» como palabra por palabra lo dice San Agustín. Querer el hombre entrar en estos consejos de Dios, es una temeridad criminal. Al revelarnos Dios estos y los demás misterios que profesamos, les imprimió el sello de su verdad, y los acompañó con credenciales de tal naturaleza y de tanta luz, que los hicieron *demasiadamente creíbles*. Todo el discurso de esta obra lo va demostrando. Reposemos, pues, con la seguridad de que un día se justificará Dios á sí mismo, y nos hará admirar la hermosura de los grandes bienes en que su omnipotente mano habrá convertido



estos males, y la asombrosísima armonía que, no obstante ellos, conservarán todas las criaturas entre sí y con todas las perfecciones del Criador.

Otra temeridad de los incrédulos, es el asegurar que fué una injusticia hacer á Adam árbitro de la suerte de su posteridad. No negamos que la trasmisión del pecado original es un misterio incomprendible; pero los incrédulos deben también convenir por su parte en que el hombre sin este dogma es más incomprendible aún. Por de contado, admitido este dogma misterioso, descubrimos el origen de las inclinaciones corrompidas que tenemos dentro de nosotros mismos, tan inconciliables con la nobleza y dignidad, que por otra parte resplandecen en nuestro ser, tan indignas de él, y de las cuales fuera una injusticia y una especie de blasfemia suponer á Dios por autor; tales son, el desordenado amor de nosotros mismos, que hace nos miremos como á nuestro exclusivo fin, y nos coloca en el lugar que corresponde únicamente á nuestro Hacedor, verdadero fin del hombre, y fuera del cual no experimentamos sino inquietud y un desconcierto deplorable; la ignorancia en que nacemos, y de la cual tanta y tan triste dosis nos queda durante toda nuestra vida, poniéndonos en un estado de mezquindad y de horrible penuria, aun en materias de la mayor trascendencia é importancia; la inclinación á toda especie de vicios que tanto nos degrada y embrutece; la desigualdad en los bienes temporales y exteriores, y aun en los del espíritu; tantos males de afuera como nos afligen, frío, calor, pobreza, enfermedades, dolores, injusticias, vejaciones. Todos los males que acá sentimos, son efectos de la maldición que Dios irritado pronunció contra el primer pecador, y contra la tierra que había preparado para morada suya. De aquí las hambres, las pestes, las guerras, los terremotos, las tempestades y las otras calamidades que nos destruyen; todo lo cual prueba evidentemente que el hombre se halla en un estado de culpa, pues no cabe en la recta razón pensar que Dios, siendo como es infinitamente bueno, justo y sábio, tratase con tanto rigor á una criatura capaz de conocerle

y amarle, hallándose ella inocente y no habiéndolo merecido por su pecado.

Creemos por consiguiente el pecado original, no solamente porque Dios nos ha revelado este profundo misterio, descifrándonos con él innumerables misterios que á cada paso se nos presentan, los cuales, mal entendidos por los filósofos de todos tiempos, han sido para ellos ocasión de los más monstruosos errores; sino también porque convencidos de la suma y santísima justicia de Dios, reconocemos que á no ser culpables, no nos haría sufrir tantas y tan insoportables penas. No se nos pregunte, ¿cómo podrá conciliarse este misterio con las reglas de la justicia inmutable de Dios? Pues sin detenernos un momento, preguntaremos también á nuestros filósofos, ¿cómo cabe en la justicia de Dios haber condenado al humano linaje á tantos y tan desastrosos castigos, si es inocente? Ni se nos diga ¿cómo podemos ser reos de una culpa cometida hace ya tantos siglos? Pues con no ménos razón les diremos: ¿cómo no siendo reos de ella, llevamos sobre nosotros los efectos de la maldición pronunciada contra aquel que la cometió? ¡Qué! ¿ha de ser Dios tan injusto que aflija y castigue á los que no lo merecen? ¿ó tan impotente que no alcance á librar al hombre, imagen suya, de penas tan espantosas? Al considerarlas con los ojos de una sana filosofía y de una buena razón, ¿qué nos resta decir (así arguye San Agustín, y su argumento no tiene respuesta), «sino que es ó injusticia ó impotencia de Dios afligir con tan graves males á sus criaturas inocentes? Pero, pues Dios ni es injusto ni impotente, claro está que un yugo tan pesado no oprimiría las flacas cervices de los hijos de Adam, si no hubiese en ellos el mal mérito de una culpa que á todos les es comun.» Esto es lo que entendemos, esto lo que claramente conocemos; y cuando el hombre, por no saber conciliar entre sí dos distintas verdades, de cuya certeza le consta de un modo indudable, se atreve á combatir las, manifiesta cuán poco se reconoce á sí mismo, y cuán limitadas son las luces de su razón; muestra también falta de equidad, pues no haciéndole fuerza esta misma aparente inconciliabilidad en las verdades na-



turales, de que por otra parte está bien convencido, quiere hacerla valer en las sobrenaturales, que sobrepujan inmensamente á todos sus conocimientos. ¡Hombre! ¿quién eres tú para atreverte á disputar con Dios? Ves sumergidos los hombres en infinitos males y desgracias, ¿y los tendrás por inocentes, cuando bajo la Providencia de un Dios infinitamente justo nadie puede ser infeliz si no es culpable? Dime, ¿por qué ese niño al nacer al mundo trae tantas miserias, si juntamente con ellas no trae el pecado que las hace justas? ¿De dónde á él tanta ignorancia y torpeza en el alma, tanta flaqueza en el cuerpo, tantas dolencias y gemidos? En los inmensos tesoros del divino poder, ¿no habrá un recurso para librar de tantos males á esa alma inocente, imagen del Criador? Pero si es inocente, ¿cómo es miserable? Si no heredó en su antiguo padre la culpa, ¿cómo heredó la pena? ¿Puede ser más palpable nuestra original depravacion? ¿Qué espíritu de aturdimiento y qué tinieblas tan espantosas no deben tenernos trastornados para no ver impresas por todo el mundo y en todas las páginas de las historias las funestas consecuencias y las pruebas más convincentes del pecado original? Si en perversidad no se halla propagada en el corazón de todos los hombres, ¿cómo podrán concebirse las monstruosas contrariedades que notamos en él; tanta grandeza y tanta bajeza; tantas luces y tanta ignorancia; tantas nobilísimas inclinaciones y tantos sentimientos vilísimos; tanto bien y tanto mal monstruosamente mezclados; tanta propension á la felicidad y tantas miserias tan funestamente multiplicadas? ¿Por qué, á pesar de tantos esfuerzos del hombre, le sucede muchas veces no obrar el bien que aprueba y hacer el mal que condena? ¿De dónde le viene esta tan natural aversión á la ley de Dios, y el desobedecerla tan frecuentemente? ¿Por qué siente en sí mismo una especie de furor hácia una libertad desordenada y sin freno, y hácia la más absoluta independencia? ¿Por qué solamente lo visible, la gloria humana y los bienes y gustos de la tierra, le embriagan arrojándole tan vil y tan torpemente? Por cierto, una ceguedad suma es la que únicamente puede impedirnos el reconocer que

el hombre no se halla cual salió en un principio de las manos de su autor; que la imagen de Dios ha sido extrañamente desfigurada en el hombre; que á pesar de tener aún en sí algunos de sus primitivos lineamientos, ha perdido los demás; que no nos quedan más que miserables restos de nuestra admirable arquitectura; que el hombre degenerado es como un rey que perdió su trono, y como una persona, que noble y rica en otros tiempos, fué degradada de su nobleza y despojada de sus bienes.

Los antiguos filósofos, más sinceros que los sofistas de nuestros días, convenían de buena fe en el desorden que reina en la naturaleza humana. Como ignoraban la caída de todos los hombres en su comun padre, y como en lugar de blasfemar de la providencia y justicia de Dios, como los modernos, trataban más bien de ver cómo justificar y poner á salvo estos atributos esenciales de la Divinidad, supusieron una vida anterior, en la cual nuestras almas, entregadas á una conducta criminal, habían merecido ser encerradas en nuestros cuerpos como en una cárcel. San Agustín nos ha conservado un pasaje de Ciceron, donde este orador filósofo considera la doctrina del pecado de las almas en una otra vida y en un otro mundo, y la de su encarcelamiento en este, como que formaba parte de los dogmas enseñados en los antiguos misterios. Voltaire mismo enseña que la caída del hombre degenerado es el fundamento de la teología de las antiguas naciones. Mas ¿cómo casi todos los antiguos pueblos, á pesar de la distancia de los lugares y la diversidad de los climas, costumbres y opiniones, han podido reunirse en este punto capital de doctrina, si no se lo hubiera hecho conocer el sentimiento casi natural de nuestra degradacion, ó más bien una tradicion antigua y primitiva? El dogma de la *metempsicosis* ó transmigracion de las almas, que de los egipcios pasó á los griegos, que fué recibido entre los indios, y que aun hoy día se halla adoptado entre muchas naciones, á las cuales no ha alumbrado el Evangelio, ha procedido de los mismos principios, y es indisputablemente el resultado de una tradicion universal, aunque alterada, sobre este mismo objeto.



«Asimismo la doctrina de los *dos principios*, «el uno infinitamente bueno, y el otro infinitamente malo, los cuales habian intervenido en «la formacion del hombre, no tuvo otro origen «sino la monstruosidad que experimentamos en «él y sus contradicciones y extravagancias, las «cuales por aquel medio pretendieron explicar «los insensatos mantenedores de este sistema. «Y ni más ni ménos la idea de la *naturaleza*, «*madrastra más bien que madre del hombre* «*cuando le crió*, no es otra cosa sino una explicacion, aunque extraña, de este misterio de «degradacion que notamos en nosotros mismos. «Á Voltaire le ha parecido (en sus impías notas «á los pensamientos de Mr. Pascal) que con una «sola pincelada podia dar razon de esta nuestra triste é indefinible condicion. Y así, cuando «entre los pensamientos de este filósofo cristiano se encuentra aquel tan luminoso, á saber: «*más incomprendible misterio es el hombre sin «el pecado original, que el pecado original mismo*; dice el impío en una nota: *El hombre «consta de dos sustancias, una material y otra «espiritual, cuyas afecciones é inclinaciones «naturalmente se contrarian y son opuestas. «¿Qué tiene, pues, de extraño que en el todo formado de ambas sustancias, esto es, el hombre, «se advierta este contraste, que se nos supone «tan monstruoso? Antes bien es una consecuencia natural de la constitucion humana. ¿Dónde está, pues, aquí el misterio?*

«De manera que, segun el filósofo impío, será muy digno de la providencia, sabiduría, «bondad y justicia de un Criador infinito el haber formado al hombre tal como es. Tan repugnante pareció á los filósofos de la antigüedad esta idea, que para no verse obligados á «admitirla, abrazaron las opiniones extrañas «que hemos insinuado, como mucho ménos repugnantes á las perfecciones de Dios, cuya «hechura no les parecia posible saliese tan «monstruosa de sus divinas manos. Aun suponiendo que de la union de las dos sustancias, «alma y cuerpo, hubiese de resultar, como una «consecuencia natural, esta triste y miserable «condicion nuestra, tan defectuosa, tan contradictoria en sí misma, tan apenada y afligida «(lo cual ni es cierto, ni aun por conjeturas

«puede probarse, y está sujeto á que después «de un exámen circunspecto y profundo aparezca absolutamente improbable), ¿cabe en «humana razon que el Criador infinitamente «sábido no trazase modo y manera como esa «consecuencia natural se corrigiese de lleno, ó «digámoslo así, se neutralizase para que de las «manos de su inmensa sabiduría no saliese una «obra tan indigna de ellas como lo es el hombre cual ahora está? ¿Cabe que siendo, como «es, un Dios de bondad infinita, consintiese este «incomprensible número de miserias que «nos afligen y que perturban y atormentan «nuestra vida, como si fuese digno de su divinidad el formar hechuras suyas sujetas á tantos y tan horribles males? ¿Cabe que, no obstante su justicia infinitamente recta, condenase á tantas y tan desoladoras penas á las «criaturas formadas á su imagen é inocentes? «¿Qué providencia será la de un Dios, infinitamente perfecto, que no halla en su inagotable ser, ó no quiere adoptar un medio para que el hombre inculpable y recto no sufra en sí tantas miserias, no sienta tanto desorden, ni haya de sobrepujar los inmensos «obstáculos que en su seno mismo cobija para «todo bien? ¿Qué diremos del autor de una «obra tan monstruosa? Y supuesto que tal es la «natural condicion de ella, ¿con qué derecho «podrán redargüirse ó acriminarse todos los «sentimientos é inclinaciones que proceden de «ella, por más desordenados y torpes que nos «parezcan? Será por consiguiente forzoso que «canonicemos los adulterios y torpísimas liviandades á que somos inclinados de nuestra «natural condicion; los asesinatos crueles á que «nos inclina el pundonor, la ferocidad y el espíritu de venganza, todo lo cual está conaturalizado en nosotros; y las desoladoras trazas de la codicia, y los embustes y fraudes «del corazón malicioso, y las envenenadas li«sonjas del que ambiciona, y las tiranías del «más fuerte, y los trastornos sociales de los «descontentos y osados, y los atentados de los «insubordinados é irreligiosos, etc.; todo será «necesario mirarlo como legítimo, pues nada «hay que no fuera en tal caso hácido de nuestra natural condicion, y de la compaginacion